

Carmen de Burgos (Colombine)

Larra



LARRA, como hombre, ha estado inédito, desconocido, hasta que la suerte me proporcionó el precioso hallazgo de sus papeles, esa vieja caja que llegó a mis manos llena de documentos, de datos, de apuntes, de papeles reservados y de cartas íntimas a sus amigos, a sus padres, a su esposa . . . y a la mujer por quien se mató.

Yo he sentido la emoción de poder penetrar esos secretos, que parecía revelarme el mismo Fígaro, de acercarme a esa mujer que lo cautivó, y cuyo nombre, tantos años secreto, había escrito, con su mejor letra, como acariciándolo, la mano que poco después disparó la pistola que había de destruir uno de los más nobles cerebros y de los más generosos corazones. En algunos momentos me parecía sentir la indignación de Fígaro en mi propio corazón, y sentía la necesidad imperiosa, ineludible, de escribir, de decir la verdad, de deshacer errores, de pronunciar los nombres de todos los personajes del drama, de hacer resaltar la

falsedad de los que mintieron creyéndose impunes al hablar de Fígaro.

Porque con las biografías de Fígaro ocurre el fenómeno de que no son sus contemporáneos los más fieles. Don Cayetano Cortés y el marqués de Molins, con sus escritos indocumentados y tendenciosos, contribuyeron a desdibujar la figura de Fígaro.

Se había ignorado hasta la fecha exacta de su nacimiento. Hasta su mismo tío, don Eugenio de Larra, en una biografía inédita, señala como fecha de su nacimiento el 26 de marzo; pero en la partida de bautismo, que tuve también la suerte de encontrar, con mayor fortuna que los que antes emprendieron esa búsqueda, consta que nació el 24 de marzo de 1809 y que se bautizó el mismo día. Su tío apunta que nació a las ocho de la mañana, casi sin dolor de su madre, y que no lloró al nacer. «Lo que han mirado—añaden—como de buen agüero todos los que creen en brujas».

Mas, a pesar de estos presagios. Larra nacía en mala época para ser feliz, no siendo vulgar.

Los nacidos a primeros del siglo XIX debían coger el fruto insazonado que les legaba el siglo XVIII. Ninguna época elaboró con más rapidez ideas y formas. Las convulsiones que marcaban a la sociedad naciente se desenvolvían simultáneamente a las últimas de la sociedad que desaparecía. La lucha de la época era más que nada lucha de ideas. Ellas habían hecho es-

tallar la Revolución francesa, y su influjo se extendía por el mundo.

Alemania había abolido el feudalismo y la servidumbre personal.

Inglaterra aporta el nuevo elemento de la soberanía nacional; Italia, dividida en pequeños Estados empobrecidos, se enciende en rebelión al influjo de las nuevas ideas, y Nápoles llegó a proclamar la República de Partenope y colocar el gorro frigio en la estatua del ciudadano Genaro. Pero las ideas nuevas iban marcadas con la pátina de atavismos difíciles de arrancar de nuestro ser, porque ellos habían moldeado costumbres, leyes, creencias y vocabulario. De aquí nació la duda, la indecisión, el anhelo de verdad; esas luchas del yo contra el yo (si su unidad no es también ficticia), que destrozan al individuo y repercuten sobre la especie. Esta lucha y esa duda son características de los siglos XVIII y XIX.

Los seres privilegiados que llegan a la vida en estas épocas de transición y lucha, de transformación y espasmo, pretendiendo guiar a los humanos hacia la felicidad, son, en su loca empresa, como la brújula destrozada en el fragor de la tempestad, que todavía tiembla y oscila bajo el cristal buscando orientación al polo ideal. Ellas, que se adelantan al espíritu colectivo, quedan aisladas, separadas de la masa e impotentes para obrar contra sus leyes y costumbres. Tienen que expresar sus pensamientos con las palabras que les han dado y que corresponden a los pensamientos de los de-

más; carecen de una forma de expresión suya propia; han de sujetarse a lo ordenado, lo establecido, lo consagrado, esos terribles neutros, tan abstractos y de una existencia tan real en nuestro espíritu.

Goethe, como un dios creador, modela figura humanas, verdaderas y vivas, sin cuidarse de que sean buenas, sino de que sean bellas. Werther es el tipo perfecto de la sociedad sin voluntad y sin esperanza, resumen doloroso de todo pesimismo.

La literatura morbosa de Inglaterra inyecta también su spleen con Las Noches de Young, los sueños melancólicos de Gray, la fantasía desequilibrada de Macpherson, la humanidad pura, perfecta, ultravigorista de Richardson.

A los comienzos del siglo XIX, herederos de ese bagaje. Byron escribe su «Harold»; Schiller, «Prometeo»; Heine, el «Intermezzo»; Hugo, las «Odas»; Lamartine, «Meditaciones», Musset, «Confesiones»; Leopardi, «El Infinito»; Puchkine, «Soledad»; Espronceda, el «Canto a Teresa», y Larra sintetiza los dolores, las angustias, las dudas, en frases cortantes, llenas de amargura y gracia, con su genio de humorista, forma la más perfecta del pensamiento humano.

Los anima a todos un mismo sentimiento, que algunos expresan de un modo semejante, Puchkine dice: «¡Qué soledad! Dime qué hago para no volverme loco o saltarme la tapa de los sesos». Leopardi exclama: «No veía más que un desierto a mi alrededor. Me hallaba espantado de hallarme en medio de la nada, una

nada, yo mismo. Me sentía como si me ahogase considerando y sintiendo que todo es nada, sólo nada».

Es la misma sensación de ese Muro de que habla Larra, que lo aprisiona y que no puede refugiarse ni en su propio corazón, donde yace la esperanza.

Alberto Durero hizo el estandarte de esa humanidad dolorida en el maravilloso ángel que despliega la bandera de la melancolía y tiene a sus pies la sentencia del *Eclesiastés*: «Donde hay mucha ciencia, hay mucha tristeza».

Esa floración de la humanidad, que produce tantas quejas a un tiempo, en todos los países esparce el malestar que acompaña a mayor excelcitud.

A esa tristeza intrínseca, por decirlo así, Larra añade la de su sensibilidad, sobre la que alza el medio circundante. Ve la ruina y el empobrecimiento de la patria, y tiene la convicción de que ni unos ni otros de los que la explotan la ha de salvar. Su espíritu progresivo se revuelve contra el atraso que domina en el orden político y en el orden moral. Se refugia en el arte. Crea. Se estremece de dolor en la creación y en el dolor de su propia superioridad y se siente incomprendido. Su noble instinto justiciero padece viendo la decadencia del arte, la corrupción del idioma, la persecución de los ideales superiores, mientras la intriga triunfa, los pseudoartistas se envanecen y la amistad y el amor le muestran una máscara hipócrita.

Sin embargo, Larra no era un pesimista teórico. Hubiera triunfado de la vida y de sí mismo si hubiera



tenido un afecto capaz de sostener su corazón. No lo halló nunca.

Los primeros años de su vida debieron marcar gran influencia en Larra. Nació estando recientes los sucesos del 2 mayo del año anterior, la exaltación de un pueblo heroico alzándose contra la dominación napoleónica.

Las ciudades de España, aisladas unas de otras, sin medios de comunicarse, encendida la guerra de la Independencia y la guerra entre hermanos, con su cortejo de horrores, que produjeron en el 1811 el terrible año del hambre, en el que los vecinos de Madrid se arrastraban famélicos por las calles, de donde los recogían, muertos, los carros de las parroquias.

La familia de Fígaro era distinguida, con ribetes de intelectualismo. El padre, médico notable, poseía un espíritu culto, atormentado e inquieto. La madre, doña Dolores Sánchez de Castro, era una mujer buena y vulgar, incapaz de comprender jamás al hijo, y que no ejerció influencia en su niñez.

Sólo la abuela, doña Eulalia Sangerlot, noble portuguesa, le inculcó la afición a la literatura y el anhelo de belleza, pero no se cuidó de que fuese demasiado precoz el despertar. Sólo tenía el niño año y medio cuando comenzó a aprender a leer, y a los tres años ya leía de corrido.

En el seno de la familia reinaba la discordia; su padre, ferviente afrancesado, aceptó una plaza en el ejército de José I; el abuelo, don Antonio Crispín de

Larra, fiel administrador de la Casa de la Moneda, en cuyo viejo edificio de la calle de Segovia nació el gran escritor, era ardiente patriota, y había perdido al menor de sus hijos luchando contra los franceses. El acto de su hijo Mariano fué para él ofensa que le hizo romper todo lazo de afecto.

El doctor Larra tuvo que huir siguiendo las tropas francesas, y llevó consigo a su esposa y su hijo. Fíguro, niño, hizo este viaje con otro niño francés ilustre: Víctor Hugo.

Mientras duró el destierro del doctor Larra, Fíguro estuvo en un colegio de Burdeos, y a su regreso a España ingresó en las Escuelas Pías de San Antonio Abad. Las noticias de esta segunda infancia de Larra son de un niño normal, sereno, aficionado al estudio, al que el profesor, D. C. Tónico, llamaba «Mi discípulo amado».

A los trece años acompañó a sus padres a Carella, sin suspender sus estudios, velando a la luz del candil de aceite y paseando sus ensueños por las orillas del Alhama, en el paisaje grandioso y sereno de Navarra.

Los que han motejado a Fíguro de poco erudito no han visto, como yo, la suma de los estudios que realizó, y no han sabido hallar en sus escritos la erudición verdadera, profunda, que lo capacita para tratar tan grandiosamente de crítica literaria y crítica social.

El momento de su vuelta a Madrid es el despertar del pueblo abatido, miserable, que proclama su Constitución y que, al amparo de sus derechos de reunión

y libre emisión del pensamiento, multiplica sus tribunas en las plazas y en los cafés, como el Lorencini y la Fontana de Oro, mientras la multitud entona ante Fernando VII marselesas como el «Lairon, Lairon» y el «Trágala».

Pero bien pronto domina la triste época calomardina. Se cierran las Universidades, se prohíbe la entrada de periódicos extranjeros, se amordaza a los propios. Toda España gime, y los espíritus jóvenes que no se aniquilaron extreman la rebeldía en sociedades como la de los Numantinos.

La única expansión literaria es la reunión en el café del Príncipe, en el célebre Parnasillo, donde se reunían Espronceda, Olózaga, Ventura de la Vega, Alonso Segovia, Ferrer del Río, Bretón, Gil y Zárate, Serafín Calderón, Madrazo, Rivera, Esquivel, Alenza Latorre... Todos los ingenios de su tiempo. Mendigorría prefería esa tertulia a la de su hermano, donde iban los grandes políticos, entre ellos el duque de Rivas.

Allí tomó Fígaro su pseudónimo. con la protesta de sus amigos, que lo rechazaban por extranjero, sin saber que es de origen catalán. Es otra de las injustas acusaciones que se han hecho a Fígaro, la de extranjerismo, cuando es en todo y por todo castizamente español, a no ser que su cultura superior y su espíritu refinado, que le invitaba a vestirse bien y a ser cortés, se tomasen por extranjerismo, frente al tipo de El Castellano Viejo.

Fígaro era alegre; formaba parte de la célebre Partida del Trueno, que se divertía con las grotescas y malévolas bromas que ha pintado él en El calavera. Gozaba la amistad de todos los grandes hombres: Valera, Nicasio Gallego, el duque de Rivas, Mendigorría, el duque de Frías.

Y tenía su noviazgo de buena fe, con los ideales de amor, de hogar y de matrimonio, con la madrileñita menuda, frágil, de ojos cándidos y boca inocente, que no tardó en ser su esposa, Pepita Martínez Wetoret.

Aquella niña no podía ser la compañera de Fígaro: era fría, infantil, frívola, quería figurar al lado de su marido, al que no comprendía. Comenzaron los disgustos, que acabaron con la separación, a la que se opuso Fígaro, hasta el punto de encerrarla con llave.

Al fin se vió solo, sin sus dos hijos amados. Mariano y Adela; de la menor, Baldomera, nacida después de la separación, no se ocupó jamás. Ansioso de amor, conoció en la tertulia de Alonso a Dolores Armijo, casada con Cambronero, en la plenitud del encanto; una andaluza, bella, elegante, coqueta, que sabía hacer versos y reinaba en una corte de admiradores.

En aquel amor Fígaro puso su alma; ella su vanidad.

Fué inútil cuanto hizo por olvidarla. Todos conocemos su viaje a Lisboa, Londres, Bruselas y París, aunque no se sabían los detalles que el descubrimiento de la caja de documentos ha venido a revelar. Fígaro hizo ese viaje sufriente, enfermo; estuvo grave en Bél-

gica y en París; no podía separar de su espíritu la imagen de Dolores. En una hoja, escrita en francés, narra sus tormentos y traza el retrato de su amada.

En ese viaje hay en sus cartas el esbozo de una novela misteriosa que puede apasionar a sus investigadores.

Pero Fígaro vuelve a España más enamorado que se fué. Dolores Armijo, separada de su marido, vive en Avila con su tío, y Fígaro se presenta diputado por Avila y acredita que paga contribución como fabricante de jabones.

Las cartas políticas que le escribía su amigo Ramón Ceruti están llenas de detalles acerca de Dolores, a la que llama discretamente Rosina.

Hay un viaje de Fígaro a Avila que le origina un nuevo desengaño y es causa de un desafío. Lo ve perdido todo. Los amigos como Bretón, le han hecho traición; la esposa es un ser lastimoso, al que llama mi difunta, aunque generosamente atiende a sus necesidades.

Hay que leer las cartas, que no se conocían, de Fígaro a su mujer, para formar idea de toda su caballeridad. El amor de los hijos, ese amor incomprensivo que sólo demanda ternura y protección, no le podía bastar. Su vida toda se cifra en el amor de Dolores. Se ve su desesperación en esos cuatro artículos, que no pueden leerse sin que corra la médula un escalofrío: la crítica de «Los amantes de Teruel», el que dedica a la muerte del noble «Campoalange» y «La Noche

Buena» y el «Día de Difuntos». Su muerte no fué instantánea: agonizaba en esos artículos.

Sólo fué feliz unas horas, el 13 de febrero de 1837, lunes de Carnaval.

Ese día recibió una carta de ella, en la que consentía en verlo e iría a su casa prevalida de la mascarada. Piensa que él podrá desvanecer intrigas y calumnias que la han alejado de su lado; que él disipará miedos e indecisiones; que su amor triunfará.

Arregla su casa, la enflora, la embellece; él se acicala, sale a envolverse en la alegría de la calle, donde las máscaras ponen la nota pintoresca de las alegres percalinas y las desarmonías de las músicas y las voces gangosas y chillonas.

Su actividad se ha redoblado. Va a casa de su editor; visita a Mesonero Romanos y tratan su colaboración en el drama sobre «Quevedo»; va a ver a su esposa enferma, como todos los días, y ella se sorprende de verlo tan contento. Al fin vuelve a esperarla a ella—sin haber dado ese absurdo paseo que le atribuye Molins, en el que le hace hablar con palabras de sus escritos, y pronunciar frases que Fígaro no hubiese tolerado—. Está caldeada la estancia; las luces, encendidas. ¿Vendrá? Fígaro no tiene ya los veintisiete años, diez meses y diez y nueve días, que agotan su reloj de arena en el tiempo. Fígaro vive en ese momento la eternidad.

Al fin la ve allí, a su lado. ¿Dónde están los discursos que le había preparado? ¿Qué quería decirle?

No tiene más que ojos para contemplarla y corazón para quererla.

La amiga que la acompañaba—y que después ha contado la escena a la esposa de Fígaro—queda en la antesala. Fígaro le habla de su amor, de sus padecimientos, suplica, hay lágrimas en su voz. Ella es la coqueta fría. Ha sido sólo para recobrar sus cartas.

Es todo inútil; la amiga, temiendo la violencia, aparece. Fígaro se siente enloquecer; ya no puede llorar ni ahogarla en un abrazo. Va a dejarla de verla para siempre. Aún retiene su mano y bebe en el calor y el roce de la piel la última gota de vida. Busca el resquicio de la esperanza:

—¿Adiós?

Ella responde con firmeza:

—Adiós.

Se alejó. ¡No hay remedio! La ola de la pasión y el dolor lo envuelve. No piensa, no reflexiona, no se da cuenta de nada. Es un dolor bárbaro el suyo. Su alma va tras ella, deseosa de escaparse y seguirla... Y las pistolas están allí, son el remedio... Dispara.

Dolores no ha salido de casa y oye el tiro...; comprende y aprieta el paso... Nadie la acusará de asesinato; pero ella sabe que su mano, que aún guarda la presión de la mano de Fígaro, lo ha matado. Sus pasos resuenan ligeros sobre las losas de la calle de Santa Clara. Las campanas de Santiago doblan lastimeras las ánimas; se escucha el alegre bullicio de las máscaras.

Fígaro no es más que un cadáver. El hombre ha muerto. El escritor vive, su alma triunfa.

No es cosa de juzgar la obra de Larra, tan admirada y difundida ya.

Su triunfo comenzaba para él cuando acababa su vida. Fígaro había vivido estrechamente. Los editores no fueron espléndidos con él. En sus cuentas he visto que dos tomos de sus admirables artículos se pagaron con 2.000 reales y que Delgado llegó a darle 500 reales por una obra. Fígaro vivía bien porque no era bohemio, ni jugaba, ni malgastaba; pero sus papeles cuentan de apuros, dificultades de dinero, tiene que firmar letras, pagarés, solicitar anticipos. Los 20.000 reales de «El Español» sólo los disfrutó un año, y los 40.000 que le asignaron «El Observador» y «El Mundo», sólo los tres últimos meses.

Murió cuando todo se solucionaba, cuando comenzaba el triunfo, cuando el que tanto luchó en «En Pobrecito Hablador» y «El Duende Satírico» tenía las principales tribunas de la Prensa; cuando se reconocía su talento, sus dotes de polemista sin rival, su arte, su sensibilidad, su gracia, su elegancia y su galanura.

Es inútil quererle buscar influencias. Es clásico, es maestro, sólo en esa acepción, porque no es clacisista. Admira a Cervantes, Lope y Quevedo, pero no los imita. No hay en él nada de común con los grandes de su tiempo; no le influyen ni Lamartine ni Chateaubriand, ni Hugo, ni Dumas. Se ha dicho que lo in-

fluencia Sebastián Miñano, tal vez por la semejanza de los títulos de «El Pobrecito Holgazán» de éste y «El Pobrecito Hablador» de Fígaro; Pero Miñano es hombre maduro acostumbrado a la exposición lógica, y no tiene el arrebató y la pasión de Larra.

Fouy, con el que se ha querido comparar, es ameno y dulce; pero no posee la sátira picante de Fígaro; como Juan P. Carsler, modelo de ironía, carece del estilo punzante y galano de Larra.

Beaumarchais no le ha dado más que el seudónimo, aunque es, como él, rápido, mordaz, desenfadado y profundo.

Fígaro posee también el rápido análisis espiritual de Balzac; pero su hermano es sólo Enrique Heine, y su padre espiritual, Voltaire. Sin dejar de ser español, netamente español, Larra es un hijo de la Enciclopedia. Hay aún mucho que analizar en su obra como poeta, novelista y dramaturgo, aunque le nieguen mucho los que le han reconocido el mérito indiscutible de los artículos más divulgados.

Fué un espectáculo vergonzoso el de la Prensa española y los que se decían sus amigos a la muerte de Fígaro. La envidia es también pasión humana.

Pero, pese a todo. Larra perdura; constituye el eslabón que enlaza a los grandes clásicos españoles con los ingenios de nuestra época; es la figura representativa que en ese siglo azaroso en que todos andan perdidos buscando fórmulas, enciende la antorcha e ilumina el camino.

Por eso Larra no envejece. Es siempre la figura gallarda, joven, pasional, impetuosa y justiciera que conserva al través del tiempo su prestigio de escritor y su prestigio de hombre Mariano José de Larra, Fígaro, no es sólo un hombre: es la encarnación de toda una época.